

# La historia del “nunca más” o las relaciones entre dictaduras y movimiento obrero en el Cono Sur

Paul W. Drake, *Labor Movements and Dictatorships. The Southern Cone in Comparative Perspective*, The Johns Hopkins University Press, 1996.

“NUNCA MÁS” SE CONVIRTIÓ EN EL CLAMOR, el exorcismo, la esperanza de las sociedades del Cono Sur tras la traumática experiencia autoritaria que concluyó la década pasada. Entre las múltiples huellas que dejaron aquellos regímenes está la represión. Es abundante la bibliografía sobre la caracterización de los autoritarismos sudamericanos. También es abundante la producción de estudios sobre su ideología, su patología y sobre todo su crueldad. Menos frecuente es encontrar, en estos tiempos en los que el movimiento obrero ha dejado de ser foco de atención de los estudiosos, un trabajo sistemático sobre las relaciones entre las dictaduras y el proletariado organizado.

El profesor Paul Drake, de la Universidad de California, nos ofrece un texto interesante y de dimensiones amables (menos de 200 páginas), en el que describe con detalle y desde una perspectiva comparada, el modo como el movimiento obrero organizado de tres países del Cono Sur de América (Argentina, Chile y Uruguay) sufrió, subvirtió y sobrevivió a los regímenes autoritarios que gobernaron esos países durante varios años. El periodo estudiado es el lapso autoritario que vivió cada una de las naciones sudamericanas: Argentina (1976-1983), Chile (1973-1990) y Uruguay (1973-1984).

El trabajo de Drake no intenta explicar por qué la clase obrera de los países estudiados no consiguió llevar a buen puerto su proyecto histórico; tampoco pretende criticar sus estrategias o prescribir estrategias o formas de conducta, sino explicar por qué fue tan complicado para los sindicatos y sus partidos afines subsistir y mantenerse antes, durante y después de la experiencia autoritaria.

Para potenciar las capacidades explicativas del modelo comparado, Drake combina dos planos: la comparación propiamente dicha; es decir, la que de manera yuxtapuesta estudia los casos del Cono Sur y los coteja con otros casos históricos que ayudan a contextualizar y a dar más alcance a las regularidades encontradas y también a las diferencias que pueden darse en la compleja relación entre el movimiento obrero y los regímenes autoritarios.

Los casos estudiados como complemento son Brasil (1964-1985), Portugal (1926-1974), España (1939-1975) y Grecia (1967-1974). Cuatro casos en los que, en contraste con la actitud depredadora hacia la clase obrera por parte del régi-

men autoritario y su posterior atomización, se dio un encuadramiento corporativo al desarrollo del proletariado a través de los sindicatos verticales.

En términos generales Drake identifica dos modelos de relación gobierno-movimiento obrero en un régimen capitalista-autoritario: el atomizador y el corporativizador. La atomización, como política, intenta erradicar el fenómeno organizativo mediante mecanismos de prohibición de actividades, confiscación del patrimonio de los sindicatos, represión de los líderes insumisos y amedrentamiento de las masas de trabajadores para inhibir su organización. La estrategia de atomización del movimiento obrero aparece como una característica común de los regímenes del Cono Sur, mientras que en otras latitudes la relación tendió a funcionalizarse de manera corporativa, lo cual depuró naturalmente los elementos más contestatarios del sindicalismo.

El modelo corporativo es el que, tras un periodo represivo, no prescinde de las estructuras sindicales, sino que encuadra a los trabajadores en sindicatos verticales que operan como poleas de transmisión del propio régimen autoritario. En la España de Franco, por ejemplo, los trabajadores fueron corporativizados en sindicatos verticales que cumplieron una doble función: dar soporte político al régimen y dotarlo de la capacidad de penetración en la sociedad. Los sindicatos cumplieron en la España de Franco un papel similar al que cumple un partido político en los regímenes monolíticos o de partido único.

Los regímenes sudamericanos encontraron siempre una amenaza en toda la ideología proclive a los trabajadores, fuera populista, socialista o comunista. Desarrollaron una política sistemática de ataque contra las organizaciones laborales y sus partidos afines como si se tratara de enemigos de la patria. La pregunta de la que parte Drake para organizar su libro es: ¿por qué las dictaduras percibieron siempre a los trabajadores organizados y a sus partidos como una permanente amenaza para el orden establecido? En términos generales los sindicatos y sus partidos afines nunca consiguieron erigirse en una amenaza mortal para el capitalismo, excepción hecha de Chile bajo el gobierno del Frente Popular y la España republicana. En los restantes países el movimiento obrero tenía un carácter y un ideología más reivindicadora que revolucionaria. En realidad, argumenta Drake, esta especie de fobia antiobrera es en gran medida hija de percepciones desvirtuadas de los potenciales efectos y del verdadero poder del sindicalismo por parte de las élites. A desarrollar este imaginario colectivo contribuyeron de forma decisiva los fantasmas de la guerra fría que estigmatizaban como disolvente o comunista todo movimiento de reivindicación de los trabajadores. Hay, evidentemente, otros elementos que Drake pone sobre la mesa, como el de la mayor radicalización de los sindicatos obreros por efecto del desplazamiento relativo al que los sometieron las nuevas profesiones y la nueva sectorización de la economía. Pero, como quedó apuntado, salvo España y Chile, donde efectivamente el proletariado organizado tenía importantes posiciones en el gobierno y un proyecto económico e ideológico sólido, en el resto de los países las amenazas del movimiento obrero fueron magnificadas por una serie de percepciones sumamente desvirtuadas por el contexto histórico y las presiones hegemónicas. Así pues, en la víspera de los

golpes de Estado, el sindicalismo aparecía magnificado en sus dimensiones y en su radicalidad, lo cual explica la sevicia con la que fue reprimido por los autoritarismos.

A pesar del carácter autoritario y la vocación abiertamente capitalista y antiobrera de los tres regímenes sudamericanos estudiados, cada caso presenta ciertas particularidades. Estas especificidades tienen que ver con diferentes cuestiones que Drake va separando acuciosamente. Se trata de los elementos estructurales, institucionales y políticos que están presentes en la coyuntura de un país.

Los elementos estructurales contemplan el entorno macroeconómico que se daba en el momento en que ascendían al poder los regímenes autoritarios. Drake analiza y sistematiza los niveles de modernización de los países, sus estrategias de desarrollo, su tasa de crecimiento y su inflación, la distribución sectorial del producto nacional, el empleo, los salarios y la distribución de la riqueza.

La importancia del sindicalismo en todos los países analizados dependía de la situación económica general. Drake corrobora que en tiempos de expansión económica el movimiento obrero crece, mientras que en periodos de recesión se reduce. El autor señala que, en tiempos de recesión, parece que la estrategia se vuelca más hacia el trabajo partidario, abandonando por ende las trincheras sindicales.

En el plano institucional es importante el análisis del marco jurídico e institucional en el que funcionaban el movimiento obrero así como su nivel de autonomía frente a los gobiernos. Es de especial importancia el análisis de la ideología del movimiento obrero en cada uno de los países: desde el populismo peronista hasta los anarquistas. Otro aspecto que ha de considerarse es la sensibilidad que tenían hacia el movimiento obrero cada uno de los gobiernos en funciones antes de los golpes de Estado, así como la dinámica que se estableció entre esos gobiernos y el movimiento obrero de cada uno de los países. Se describe, así, el papel que la clase obrera tenía en el gobierno en el contexto previo al golpe. En la España republicana, el Chile de Allende y la Argentina peronista, tuvo una notable participación en el diseño de políticas y en el debate nacional, mientras que en los otros países el grado de injerencia en la conducción gubernamental era más restringido.

En el plano político se evalúa el funcionamiento del sistema político y se hace un análisis de actores tales como el empresariado, las fuerzas armadas y la Iglesia, todos ellos contrarios a posiciones de corte obrerista. Los vínculos entre sindicatos y partidos no sólo se determinan por la situación económica, sino por su orientación ideológica. En los partidos comunistas las ligas con los sindicatos eran estrechas, mientras que en los partidos clientelistas y multclasistas, como los uruguayos, eran muy distantes. Entre estos dos extremos se sitúan los partidos socialistas y los laboristas. Los partidos comunistas, históricamente alejados de la vía electoral, contrastan, a su vez, con los partidos "escoba" o *catch all*, cuya primera finalidad es precisamente el éxito electoral.

Resulta especialmente interesante el caso chileno, en el cual el movimiento obrero quiso acelerar el proceso histórico al encontrar en el gobierno de Salvador Allende un aliado ideológico. En Portugal, Grecia, Uruguay y Brasil las ligas entre los partidos y el movimiento obrero eran más bien débiles, mientras que en

España, Chile y Argentina eran bastante fuertes. Además, en estos últimos tres países la fuerza de los partidos proclives a los trabajadores era considerable, aunque en el caso chileno, un poco fragmentada.

La represión aparece también de manera diferenciada en los distintos países. En Portugal, Grecia y Brasil es baja; en Uruguay, media, y en España, Chile y Argentina, muy alta. Curiosamente, las experiencias que arroja la represión, combinada con otros factores del entorno macroeconómico, varían según el país. En Portugal, Grecia y Brasil, en donde la represión no fue tan descarnada, los sindicatos tendieron a una mayor radicalización. Mientras que en los países que vivieron una intensa represión el resultado fue que el movimiento obrero morigeró sus posiciones. Parece que el gran triunfo histórico de las dictaduras había sido que el pueblo interiorizara que los cambios bruscos y el radicalismo traían consigo efectos más perniciosos que las bondades que pudiesen conseguirse en la lucha política.

El análisis de Drake no se limita al estudio de las relaciones entre autoritarismos y movimiento obrero en el alba de las asonadas. Estudia también la manera como se adaptó el sindicalismo a la nueva ecología política e institucional que prohicieron las dictaduras. Durante la experiencia autoritaria, la ausencia de actividad político-partidista orilló a los sindicatos y a las organizaciones de trabajadores a buscar aliados supletorios. De allí los importantes vínculos que empiezan a darse entre el movimiento obrero y las organizaciones de derechos humanos, grupos intelectuales, eclesiásticos y de manera general con todo aquello que se reagrupa bajo el nombre de "sociedad civil". Las demandas de unos y otros empiezan a "colarse" mejor a través de las más relajadas fórmulas de los derechos humanos y los derechos sociales que, a su vez, pueden ser usadas como banderas aceptables en países como Estados Unidos. De hecho, mediante la central sindical norteamericana AFL-CIO era posible defender los derechos humanos en Chile o donde hiciera falta, sin entrar en la vieja dicotomía entre comunismo y capitalismo, y los cuadros sindicales podían dar cauce a su activismo bajo una reivindicación "políticamente correcta".

Los organismos internacionales desempeñan también un papel fundamental en este proceso. La actividad conjunta de estos actores empezó a socavar la viabilidad de los regímenes autoritarios al elevar cada vez más el costo político de la represión, lo cual los llevó, en última instancia, a su caída. La labor de zapa desarrollada por las ONG (que fue especialmente importante en Chile y Argentina) erosionó la legitimidad internacional de los autoritarismos sudamericanos. En el ocaso de las dictaduras, el eje del debate dejó de ser la diada orden-subversión para pasar a la dualidad reprimido-represor.

Las dictaduras tuvieron éxito en preservar el capitalismo y alejar cualquier aspiración por modificar a la sociedad en un sentido socialista. Aun sin su brutalidad, es posible suponer que la revolución no hubiese tenido lugar en ningún país, lo cual eleva la responsabilidad moral de los carniceros. Institucionalmente, las dictaduras debilitaron al movimiento obrero, pero aun sin sus políticas destructivas el movimiento obrero en todo el mundo redujo su nivel de influencia.

La caída de los autoritarismos en el Cono Sur dio paso a procesos de transición democrática coronados razonablemente por el éxito. Sin embargo, las secuelas de

la represión no desaparecen por la buena disposición o voluntad política de los actores (tanto del régimen como de los reformistas) que se inmolaron en aras de la reconstrucción nacional. La experiencia autoritaria dejó una huella en la conciencia y en la práctica política de las organizaciones sindicales. En Uruguay la redemocratización fue vivida como una restauración tras el paréntesis autoritario. En Chile los trabajadores fueron desplazando la percepción de que el enemigo que había que vencer no era el capitalismo sino el autoritarismo. En Argentina los sindicatos se hicieron más abiertos. La dictadura no consiguió acabar con el peronismo, pero consiguió convertirlo en un movimiento moderado.

En síntesis, un libro breve, agradable, con un incómodo sistema de notas, el que nos ofrece Drake.

*Leonardo Curzio*